

La calma del guerrero

Versión de Morgan Hooper

Hiroyuki vertió agua caliente en el *chawan*, el cuenco para servir que ha estado en su familia a través de cuatro generaciones. Sonrió al mirar su belleza gastada, su perfección imperfecta: las líneas, las irregularidades, y las sutiles fisuras, todas contaban una historia. Con cuidado, colocó el cuenco en la cavidad de su mano izquierda, y con la mano derecha lo secó con un paño blanco. Luego, tomó una cucharilla de bambú, colocó en la base del cuenco dos cucharadas de hoja molida de té matcha, y añadió más agua caliente. Meneó el agua con un batir delicado, y un equilibrado aroma semiamargo llenó la habitación. Finalmente, se inclinó ante su primer invitado y le ofreció el cuenco. De esta manera, con deleite y maestría natural, Hiroyuki realizó el *otemae* como debe ser, la forma ritual de hacer y servir té.

En el Japón feudal, la ciudad de Edo —actualmente Tokio— era una metrópoli bulliciosa. Mercaderes y artesanos, pescadores y agricultores, vendedores ambulantes, vagos y demás, deambulaban las muchas calles y mercados abarrotados. Para escapar del barullo de la vida citadina, los nobles a menudo tomaban un sendero por un jardín que llevaba a las puertas abiertas de una aislada casa de té. Ahí disfrutaban del ambiente sencillo y refinado del salón de té; admiraban el arte del *ikebana*, el arreglo de flores; y reflexionaban sobre las virtudes inscritas en el *kakejiku*, los pergaminos de caligrafía colgantes. Respiraban, degustaban el té que se les ofrecía, y dejaban a su mente sumergirse en la tranquilidad.

Hiroyuki, que había dedicado su vida a estudiar el arte de sus antepasados, era ahora, a la edad óptima de 52, ampliamente considerado como uno de los preeminentes maestros del té. Había ofrecido su servicio a oficiales de alto rango, a ricos comerciantes, y a distinguidos miembros de la corte, y siempre daba a cada invitado su más sincera dedicación y respeto.

En este día en particular, había cinco nobles samuráis entre sus invitados. Estos samuráis figuraban entre los más venerados miembros de la sociedad de Japón, ya que ejemplificaban el servicio y la valentía. Eran admirados y temidos; como bien lo sabía el maestro del té, un desaire hacia ellos podría resultar en el peor de los castigos.

Cuando el té final fue ofrecido, los primeros cuatro samuráis lo aceptaron cortésmente. Luego, Hiroyuki se volvió hacia el quinto samurái, Ishida, un guerrero célebre por su mal genio. El maestro del té se inclinó ante él y extendió sus manos para ofrecerle el té. Mientras lo hacía, Ishida, ajeno a Hiroyuki, extendió su brazo hacia sus pares para hacer un comentario mordaz. Hiroyuki fue lo suficientemente perspicaz para evitar ser golpeado por el guerrero pero, al hacerlo, una gota de té caliente cayó en la mano extendida del samurái.

Retrocediendo, con voz de trueno el guerrero exclamó: — ¡Imbécil! ¡Mira lo que has hecho!

Hiroyuki cayó de rodillas y ofreció sus reverencias más profundas. Para su horror, el samurái, quien aún estaba exageradamente furioso, se levantó de golpe y lo agarró por el frente de su kimono.

— ¡Tonto! ¿Es así como presentas tus respetos a un samurái! Por este insulto podría matarte legalmente aquí y ahora, pero...

El samurái se detuvo. Una pequeña sonrisa surgió en su rostro.

— Tu miedo me divierte. Mañana, antes del amanecer, llevarás un arma a las afueras de la ciudad y te batirás a duelo conmigo en el bosque. Si no llegas, el honor de tu familia caerá en desgracia.

Con eso, el samurái salió por la puerta corrediza. Los otros cuatro le siguieron.

Hiroyuki cerró la casa de té por el resto de la tarde y regresó a casa. Pasó las siguientes dos horas en un marasmo. ¡El maestro del té nunca había sostenido un arma en su vida! Sabía que batirse a duelo con el samurái era una locura. Perdido en su pensamiento, buscaba un medio de escape.

—Quizá podría explicar mi situación al magistrado...Tal vez podría buscar la ayuda de otro samurái para que pelee por mí...O, o, quizá yo...

Con cada minuto que transcurría, la insensatez de su circunstancia le revelaba solamente callejones sin salida; se sentía atrapado. Después de un tiempo, se detuvo en el laberinto de su mente.

—No, no, nada más puede hacerse. Incluso si pierdo la vida, debo salvar el honor de mi familia. Debo encontrarme con él.

El silencio que siguió a esa decisión pesaba tanto con pesimismo como con determinación. En medio de esa disyuntiva empantanada, el maestro del té tuvo un pensamiento.

—Ota Sensei, el maestro del arte samurái...Sí, debo ir con ese anciano maestro que vive calle abajo. Él es sabio y bondadoso. Él es mi única oportunidad.

Hiroyuki sabía que la esperanza era poca. No obstante, fue calle abajo y humildemente tocó la puerta del sensei.

Ota Sensei apareció en la puerta en una sencilla vestimenta café. Incluso en medio de su dilema, el maestro del té no pudo sino admirar el sencillo y humilde porte del anciano guerrero.

Hiroyuki se inclinó. —Ota Sensei, por favor perdona mi interrupción de tu tarde, pero estoy en un terrible predicamento...

El sensei escuchó mientras Hiroyuki le contaba su difícil situación, y de cuando en cuando un “mmh” salía de sus labios. Luego dijo: —Son los bufones

arrogantes como Ishida los que manchan la tradición samurái. Por cada noble guerrero, hay dos perdidos en su propio ego y vanagloria.

Hiroyuki hizo una profunda inclinación. — ¿Es posible, Ota Sensei, que puedas ayudarme? ¿Existe alguna técnica secreta, algún truco que me lleve a la victoria?

Ota Sensei respondió con compasión y franqueza. — Como sabes, una manifestación artística toma toda una vida perfeccionarla. ¿Cómo puedo enseñarte en tan solo una tarde a vencer a un samurái que ha peleado toda su vida? Lo único a que puedes aspirar ahora es a vivir con dignidad el tiempo que te queda.

Hiroyuki inhaló profundamente, dándose ánimos. — Entonces acepto mi destino — dijo.

El sensei parecía complacido con esa valiente respuesta, y en ese momento un destello de inspiración brilló en sus ojos.

— Maestro Hiroyuki — dijo — en todos los años que he vivido aquí en Edo he escuchado de tu casa de té, pero nunca he tenido tiempo de visitarla. Conociendo tu circunstancia, consideraría una gran pérdida nunca haber atestiguado tu arte. Tus horas disminuyen, pero ¿satisfarías el deseo de un anciano?

Sin dudarlo, Hiroyuki replicó: — Ota Sensei, en mi último día en esta tierra, consideraría el servirte como el más alto privilegio.

El sensei sonrió y dijo: — Haz tus preparaciones, entonces. Llegaré pronto.

Luego de una hora, Ota Sensei caminó por la calle y a través del jardín hacia la casa de té. Cuando cruzó el arco de la entrada, Hiroyuki estaba ahí para recibirlo. El maestro del té se inclinó una vez más, y el sensei le respondió de la misma manera conforme iniciaban los rituales de ofrecimiento.

Mientras Ota Sensei observaba, no pudo evitar darse cuenta de la transformación que ocurría en Hiroyuki al trabajar. La postura del maestro del té, su respiración, su forma de ser, se volvieron tan serenas y enfocadas como una garza a la orilla del lago. Sus acciones matizadas estaban infundidas de esta quietud y, a medida que vertía la primera taza, una sensación de tranquilidad permeó el salón de té.

—*Heijoshin* —dijo Ota Sensei al aceptar el té.

—¿Señor? —preguntó Hiroyuki, quien desconocía el término.

—*Heijoshin*, el estado de calma del guerrero, la ecuanimidad que tiene a pesar de las fluctuaciones y de la confusión de la vida. El mundo puede estar en llamas, pero tu mente está en calma; tu corazón está tranquilo.

—Perdóname, sensei, pero sigo sin entender.

—Un golpe de espada se convierte en mil golpes de espada. La maestría de un arte establece el espíritu indomable de creencia en uno mismo. Abre la puerta para la maestría de todas las artes.

El sensei, entonces, se inclinó más cerca del maestro del té, miró en sus ojos, y continuó. —El hombre que tocó a mi puerta estaba lleno de dudas. Pero al observarte realizar tu oficio, vi al maestro de gran renombre del que he escuchado durante tanto tiempo. No hay nada que pueda enseñarte que tú no sepas ya. Mañana en la mañana todo lo que debes hacer es desenvainar tu espada como si estuvieras ofreciendo un cuenco de té.

Cuando Ota Sensei se retiró, Hiroyuki lo acompañó por el sinuoso sendero a través del jardín. Después de unos cuantos pasos ambos se detuvieron, advirtiendo las primeras señales de la llegada del otoño. El aire era frío y vigorizante, y las hojas carmín y ocre a su alrededor revoloteaban en la brillante luz otoñal.

El sensei habló, casi para él: —Esta vida exquisita, al igual que las hojas arremolinándose en el viento, viene y se va en un instante. Todo lo que hay en medio es un sueño.

Se volvió luego hacia Hiroyuki, le ofreció la espada extra que traía, lo instruyó en cómo portarla, y se retiró diciendo: —Lucha con todo tu corazón.

A la mañana siguiente, la luz naranja atravesaba la cubierta de hojas en lo alto del bosque, iluminando donde el duelo iba a realizarse. Creaba sombras que se intersectaban por toda el área.

Ishida ya estaba ahí, caminando con impaciencia. Alardeaba ante los samuráis y nobles que servirían como testigos del duelo: —No hay ninguna posibilidad de que él vaya a venir, el cobarde. No hay manera.

Justo cuando Ishida hablaba, se volvió y vio a Hiroyuki a la distancia, media silueta contra la luz matutina, y caminando firmemente hacia él.

El maestro del té se detuvo a 10 metros del samurái, se inclinó primero hacia los testigos y luego hacia Ishida. No dijo palabra.

Ishida reflexionó por un momento en que Hiroyuki parecía diferente de alguna manera, pero rápidamente desechó el pensamiento. Se inclinó ante los testigos y secamente asintió con la cabeza al maestro del té.

En un desplante de bravuconería, Ishida blandió su espada y gritó: —¡Al menos tienes el valor de morir con dignidad!

Cuando la mano de Hiroyuki alcanzó la empuñadura de su propia espada, sintió la seguridad de la enseñanza de Ota Sensei. La precisión, la ecuanimidad y perseverancia que Hiroyuki había cultivado a lo largo de los años de dominio del arte del té infundieron su ser entero. Se sintió a sí mismo absorbiéndose en *heijoshin*, el estado impregnado de calma. No había rastro del miedo que había

experimentado previamente. Tranquilidad era todo lo que quedaba en su mente, aliento y alma.

Lentamente, de manera deliberada, y con tranquilidad, Hiroyuki desenvainó su espada y la dirigió hacia su adversario. Era el humilde gesto de un hombre que tenía una fe inquebrantable en sí mismo. Luego esperó, aceptando lo que viniera.

El samurái se sintió de inmediato desequilibrado. Este no era el mismo hombre al que había maltratado tan fácilmente. El hombre ante él era alguien totalmente diferente.

Cruzando la mirada con Hiroyuki, Ishida avanzó con cautela. A cada paso que Ishida daba, el maestro del té sostenía su postura.

—Es valiente — pensó el samurai. —No hay nada que yo pueda hacer para romper su postura, para perturbar su espíritu...Temblando, Ishida regresó su espada a la vaina.

—Perdóname, he cometido un grave error. Tú no eres el hombre que yo pensé que eras. Nunca más escucharás de mí.

Y con ello, el samurái se inclinó ante el maestro del té y los testigos se retiraron.

El maestro del té dirigió su mirada hacia el firmamento y observó el sol elevarse sobre las copas de los árboles.

Interiormente se inclinó ante el sensei que le había enseñado el valor de su propia maestría interior, el camino de la calma del guerrero.

